

El Mercurio. Santiago. Dgo. 10 de agosto
de 1980.

Ernesto Montenegro: *Mi Tío Ventura*

Por Ignacio Valenzuela

Ernesto Montenegro: qué prosa estupenda! Nuestra literatura tiene esa riqueza peculiar, que consiste en ofrecer, incluso y precisamente a quienes nos dedicamos a su relectura y reconsideración constante, sorpresas siempre nuevas. Leí hace mucho tiempo este hermoso libro que hoy reedita la Editorial Andrés Bello. Conservaba de él un recuerdo grato pero difuso. Al evocar a nuestros mejores prosistas de este siglo, muchos otros nombres ocupaban el de Montenegro. Pienso cultivos autores nuestros, narradores y poetas, corren esta suerte: escondidos en la penumbra del segundo plano, su memoria se nos diluye; pero retidos al cabo del tiempo y bajo una perspectiva nueva vuelven a agrandarse, y pensamos en tantos otros ciclos literarios —los más cercanos, los de otras naciones hispanoamericanas— donde su estatura, no empequeñecida por otras más aparentes, les permitiría figurar con justicia en un primerísimo plano.

Ya de entrada nos seduce la presentación del personaje, tan legendario como real, tan castizo como universal, emergiendo de un olvidado rinconcito del mundo criollo para convertirlo, por virtud propia, en un posible centro del universo: "A medida que el sol asciende de estos días de invierno va recordando más y más sus rayas oblicuas a lo largo de la pared, mi tío Ventura, como si fuera la sombra del cuadrante en un reloj solar, va reticendo también su silencio de brazos para el fondo del corredor, y ahí se queda por últimas horas de horas ensimismado, afirmando la barbillita en las manos arañadas sobre el punto de su garroto. Sus ojos cliegos, de un azul de mesclilla muy lavada, miran sin pestañear al sol que asoma por encima del tejado de la iglesia. Poco a poco el viejecito se anima (...) y hasta su bastón parece brincarle entre los dedos, mientras su voz cascada y temblorosa va salmodiando uno de esos romances picareños con que entretiene sus horas de vigilia. De tanto en tarde saca su botín tabaquería, tuerce un cigarrillo de hoja, y después de encenderlo, levanta el fósforo a la altura de los ojos para quedarse embobado mirando la llamarita hasta que le charnusea los dedos".

Ast continua el canto de este Homero criollo, cuyas historias —tanto la suya como los 20 relatos siguientes— tienen ese encanto popular auténtico que, por ser nativo pero no "criollito", alcanza la grandeza de lo universal. Hablaba yo de su relectura bajo una nueva perspectiva. Ella es la del dilema constante que, en cada paso de nuestra literatura, se plantea entre el criollismo y el universalismo. Personalmente, el problema me preocupa hoy en dimensiones muy diversas de nuestra cultura: la filosofía, la poesía, el teatro. Mi conclusión provisoria es que la disyuntiva —que en el fondo no lo es— carece de una respuesta general. Cada autor puede aproximarse cuanto quiera a sus raíces más nativas y nacionales o a su inspiración más remota y cosmopolita; nadie sino su conciencia artística puede dictarle el camino para ese retorno al origen que es toda verdadera literatura. Puedo decirte que algunos escritores

sueña de inspiración internacional sin fronteras, y también quienes la encierran en la veta profunda de lo nacional. Y quienes, por supuesto, cabalgan fieramente entre ambos términos.

Yo diría que Montenegro rescata una vena fundamentalmente criolla, donde la sabiduría popular campesina de nuestra tierra resplandece en toda su verdad humana —y por eso mismo universal—; pero, por idéntica razón, no le hablamos justicia al adjudicarle ese gastado adjetivo de criollista, que evoca la penosa imagen del autor recóndito, tributario de Zola, libreta o grabadora en mano, que saca paciente de chileno recogiendo tal cual la cáscara más exterior de nuestra identidad nacional. Mi tío Ventura es un relato chilenísimo como pocos, pero lo es con naturalidad, casi sin proponérselo, porque él, y desde luego sin la estridencia programática de un tema.

Ese viejo de ochenta y tantos años, escrito como en pergaminio con los caracteres de sus propias arrugas, hace de su mundo —el verde valle de Aconcagua— un universo autosuficiente. Su ceguera le ha perfeccionado el tacto como un instrumento de precisión, que en el roce de los angulos fríos reconoce a cuánto vecino Degado se le presenta. Y su prodigiosa memoria se hunde en el pasado más remoto de la familia, del lugar, y también de esas regiones y épocas legendarias que hacen su grandeza como contados de logia, socorro y sencillo a la vez, lleno de gracia en el roce y en el narrar, y por eso tan bien visto en los velorios: "dónde comienza por encabezar los rosarios de quince casas con las mujeres, para terminar espantándoles con sus chascarrillos el sueño a los hombres a la hora en que el vaso y el mate pasan de mano en mano". Rodado de un viento auditivo infantil, en el instante de mayor suspense pide un poco de mosto porque "me ha dado una sequedad muy grande al pecho". "Sólo que el tufllo de la bebida alcanza al fin a los personajes, y aun las milanesas damas de la Corte dan en retras con desdoro, y el propio Rey comienza a usar palabras malsonantes", hasta que alguno de los mayores asoma para pedir moderación.

Los personajes de sus historias se impregnan no sólo del espíritu del mosto, sino también de una radical chilenidad, viendo como vienen de ese patrimonio universal y migratorio común que forman las leyendas de los pueblos más distantes de la tierra. He aquí un hecho curioso. El argumento de los relatos es el mismo en San Felipe, en el agro alemán de hace dos siglos o en la capital romanesca de hace cuatro; pero en cada lugar y tiempo los nombres y atributos de los personajes se mitizan. Así se tornan esencialmente chilenos, en estos cuentos, no sólo el eterno Pedro Urdevalas, sino las arquéticas princesas encantadas, los magos, los animales que hablan, las ánimas en pena, los jóvenes aventureros, los clérigos, los soldados, los ladradores, San Pedro, el diablo, y cuantos personaje de la tierra, el cielo o el infierno.

Es difícil saber qué vale más: si el propio

Ernesto Montenegro: mi tío Ventura [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ernesto Montenegro: mi tío Ventura [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)

Mapa